



SOBOTKA Y LA LÓGICA DEL PODER EN *The Wire*

Alejandro Marqués

Baltimore, escenario de la serie *The Wire*, ha vivido cambios que la han transformado completamente. Como ciudad portuaria fue una de las más importantes de la costa este estadounidense, tanto desde un punto de vista comercial como por ser destino de los barcos que transportaban a los inmigrantes europeos. A mediados del siglo pasado llegó a tener más de 900.000 habitantes, población que menguaría hasta casi los 650.000 a principios de 2000. La decadencia demográfica de la ciudad deriva evidentemente de la crisis de las actividades económicas ligadas al puerto y a la industria manufacturera. Baltimore es un claro ejemplo de conversión en una ciudad de servicios como consecuencia de un proceso de desindustrialización.

En la segunda temporada de *The Wire* se refleja el estado de una ciudad cuyo proceso de transformación convirtió el puerto interior en un área recreativa (Harborplace), abierta en 1980 tras ser sometida a referendo popular. También se nos descubren los proyectos urbanísticos que existen, y que, como veremos, la inversión en los mismos permitirá el blanqueo del dinero por parte de algunos narcotraficantes.

Uno de los aspectos más brillantes de *The Wire* consiste en el sólido entramado de relaciones que se construye a partir de una ciudad que ha cambiado. A partir del mismo, se puede apreciar cómo se hace manifiesta la dialéctica del poder, cuya naturaleza hace que los personajes hayan de arrostrar situaciones en muchas ocasiones impredecibles. Frank Sobotka, uno de los protagonistas de la segunda temporada, es un caso paradigmático. Representa al individuo que, a partir de una serie de tácticas y estrategias, no logra conseguir los objetivos planteados. Es decir, no tiene la capacidad efectiva de influir en la red relacional de la que forma parte.

En un principio, el máximo responsable del Sindicato de Estibadores se nos presenta como un sujeto activo capaz de liderar a los trabajadores a los que representa. Tenaz, no tiene ningún reparo en servirse de cualquier medio que le permita alcanzar el objetivo anhelado, es decir, el pleno empleo de los suyos. Pero su percepción de la realidad se encuentra limitada por la consecución de este fin. Como espectadores, vamos sabiendo que su empresa está destinada al fracaso. Baltimore ha cambiado, pero él no.

Sobotka es el epítome del hombre que intenta convertirse en elemento activo y con capacidad de influencia en la red relacional de la que forma parte. Como miembro destacado de su comunidad, busca la visibilidad de los suyos. El episodio de la vidriera de la iglesia Saint Casimir (capítulo 1, segunda temporada) muestra la vanidad y la imprudencia de Sobotka, quien con los fondos, en principio reducidos del sindicato, sufraga una vidriera más costosa y vistosa que la que había sido encargada por el comandante del distrito sureste de la policía de Baltimore, Stanislaus Valchek, preboste, a su vez, de la comunidad polaca.

La donación de Sobotka tiene como finalidad ganarse la voluntad del sacerdote para que este le ponga en contacto con la senadora Barbara Mikulski, feligresa del padre Jerome, pero, al mismo tiempo provoca un conflicto con el comandante de policía que condicionará el





desarrollo de la serie. Valchek, a quien no se le escapa la nefasta situación económica que atraviesa el sindicato, convence al comisionado Erwin Burrell para que abra una investigación, al sospechar de la procedencia ilegal de los fondos con los que Sobotka costea la vidriera.

El antagonismo de los dos personajes, Valchek y Sobotka, es el resultado de la lucha de dos individuos que quieren presentarse en su comunidad como los grandes benefactores de la misma. La victoria del comandante de

policía, plasmada en la detención de Sobotka ante las cámaras de televisión, es debida a su capacidad para ejercer el poder y someter a quien está desposeído de ella.

Este primer episodio al que hacemos referencia nos presenta la vidriera como símbolo del poder del sindicato, de *statu* incuestionable en el seno de la comunidad. ¿Puede haber mejor muestra de dicho poder que la belleza de unos cristales policromados en la casa del Señor? Pero este *statu* es una mera apariencia que entra en confrontación

con la situación real de Sobotka y sus representados: la escasez de trabajo y los problemas económicos que debe afrontar el sindicato. Todo ello condicionará el *modus operandi* de nuestro personaje, así como su capacidad para convertirse en sujeto activo para condicionar el curso de los acontecimientos.

Si atendemos a la praxis desempeñada por Sobotka como líder, esta tiene como objetivo beneficiar a los miembros de su hermandad, que no coincide con la de los miembros

de la comunidad de origen polaco a la que pertenece, sino con la de los compañeros del sindicato a los que representa. Su proceder no hace ascos a sobornos a políticos o a la asociación con malhechores, con el objetivo de salvaguardar el futuro de sus compañeros.

Por otra parte, si entendemos el poder como algo relacional, es decir, como una relación entre individuos en el que uno de ellos intenta voluntariamente determinar la conducta de otro, podemos plantearnos si esta influencia puede ejercerse por el que en teoría es el



sujeto pasivo. Es decir, ¿en qué medida un sujeto es activo o pasivo desde un punto de vista relacional? ¿Son roles que se pueden alternar? ¿Es Frank Sobotka una víctima del poder en cuanto se ha frustrado su ser como sujeto activo? En definitiva, ¿cuál es la lógica del poder?

Ejercer el poder supone la conversión del individuo en sujeto activo, lo que implica un control sobre la cadena relacional en la que se encuentra. En un principio, podemos afirmar la naturaleza pasiva de Frank Sobotka, en cuanto la consecución de los objetivos que anhela -la reapertura de un muelle y el dragado de Chesapeake & Delaware Canal- depende de la voluntad política. Sin embargo, no podemos negar que de alguna manera se convierte en sujeto activo en la medida que intenta condicionar dicha voluntad. La "compra de voluntades", el soborno, el cohecho, son modos de orientar la voluntad del "otro", la de aquel que ejerce el poder amparado por las instituciones a las que representa.

Con Sobotka, el Sindicato de Estibadores no logra convertirse en un grupo de presión que pueda condicionar la toma de decisiones políticas. De hecho, es la propia debilidad y escasez de recursos financieros lo que le lleva a asociarse con los gánsteres *The Greek* y *Spiros "Vondas" Vondopoulos*, y a permitir el contrabando en el puerto de Baltimore a cambio de contraprestaciones económicas.

Al establecer vínculos con los gánsteres, Sobotka se verá sometido a un poder que lo envuelve como sujeto pasivo y que lo sitúa a merced de la "justicia" criminal. El poder puede ser entendido, en este sentido, como el dominio de los cuerpos por parte de aquellos que lo ejercen en un contexto relacional. La lógica se nos muestra aplastante, y el pleno sometimiento del líder de los estibadores a la voluntad de *The Greek* y *Vondas* es evidente. Por otra parte, son los réditos de este sometimiento los que permiten a Sobotka intentar, sin éxito, influir en la voluntad de aquellos que ejercen el poder político.

La muerte de Sobotka no es trágica; se puede afirmar que sucumbe a la lógica del poder que se hace efectiva a través de las redes relacionales en las que se ve envuelto. En el líder sindical no hay un héroe moral, sino un individuo cuyas decisiones lo condenan. Algunos análisis tienden a obviar el principio de responsabilidad individual, presentándonos a Sobotka como el héroe bienintencionado que se ve impelido a actuar al margen de la ley por un imperativo social que tiene como primer objetivo conseguir el bienestar de los suyos. Estas interpretaciones nos quieren presentar a un sujeto activo que se revela contra la lógica del poder, a un héroe cuyos cauces de acción están justificados en cuanto persiguen un bien social. Pero Sobotka no es víctima de la sociedad, sino de sí mismo.